

P. ¿Qué es Humildad?

R. Es una virtud por la cual nos resignamos á los desprecios é injusticias innecesarias, siempre que no sea con menoscabo de la reputacion de honradez que á todo trance debemos conservar.

P. ¿Qué es Beneficencia?

R. Es la costumbre de hacer bien á nuestros semejantes, en tanto nos es posible.

P. ¿Qué se entiende por Benignidad?

R. Es el hábito de considerar las acciones de los demas por el aspecto mas favorable.

P. ¿Qué quiere decir Misericordia?

R. Perdonar al culpable en aquello que ha ofendido nuestro derecho particular.

P. ¿A cuál de las virtudes expresadas referís la Liberalidad, la Generosidad, la Urbanidad y la Cortesía?

R. Todas se derivan de la beneficencia, pues que dando algo de nuestros bienes somos liberales; emprendiendo acciones difíciles que pueden redundar en perjuicio nuestro, pero que son encaminadas al provecho de otros, somos generosos; y tratando á los demas con los miramientos y consideraciones que el respeto social exige, somos urbanos y cortesés.

P. ¿Qué defectos debemos evitar al cumplir los deberes de cortesía?

R. La lisonja y la adulacion.

P. ¿Qué es Lisonja?

R. Halagar el amor propio de alguno, para obligarle al agradecimiento.

P. ¿Y que se entiende por Adulacion?

R. Exagerar las buenas cualidades de alguno en su presencia, ó disminuir sus naturales defectos, y aun aprobar sus malas acciones.

P. ¿Y por qué se prohiben la lisonja, la adulacion, y cualquiera otra afectacion en el trato?

R. Porque dañan siempre la verdad, exaltan el amor propio de los demas, y ocultan perversas intenciones.

CAPITULO III.

DE LOS VICIOS OPUESTOS A LA CARIDAD.

I.—Egoismo, envidia.

No juzgar de las cosas sino con relacion á nosotros mismos; obligar á los demas á que nos consideren, sin considerar á nadie; calificar el mérito de las personas segun lo que nos sirven, y no servirles en cosa alguna, creyéndonos superiores á todos; son lamentables exageraciones del cuidado y atencion que nos debemos, por cuyo exceso somos frecuentemente ridículos, nocivos é intratables.

Andan siempre juntos el egoismo y la envidia, dando origen á muchos defectos, y mostrando el lado miserable de la humanidad.

A los ojos del envidioso, se agranda la felicidad ajena solo para atormentarle; no obstante que en toda ocasion procura rebajarla, y hacerse el desdeñoso de una dicha que no puede alcanzar.

Por tan ruin pensamiento llega á gozarse en el mal de otro, y siempre que le es dable, cambia en perjuicio lo que estaba destinado al provecho comun. El envidioso, si pudiera, privaria de aire á la especie humana, y el egoista lo quisiera todo para sí.

La sociedad que cubre como una madre á todos sus hijos, tarda en advertir quiénes son los egoistas y los envidiosos; alimenta en su seno á estos reptiles, y recibe en premio de sus beneficios, el disgusto de sus malas acciones, y la vergüenza de sus infames sentimientos.

Es tan antisocial el egoista, que verdaderamente perturba la armonía general, mancha la pulcritud de la obra de Dios, é impide que aparezca como un bello y magnífico conjunto de buenas voluntades y de relaciones de bienestar entre los hombres.

“Un emperador de la China preguntó á su ministro ¿qué castigo daria á unos cortesanos envidiosos, que perseguian con difamaciones á unos letrados de origen muy humilde, que por su mérito se habian elevado á las dignidades? Yo no conozco sino uno, respondió el ministro, que es mas terrible para el envidioso que las torturas y la muerte misma; éste es hacerlo testigo de las prosperidades de los que persigue.”

II.—El egoismo y la envidia como medios de adelantamiento individual.

El egoismo y la envidia son vicios detestables, si bien pueden ser resortes de gran poder para el bien y para el perfeccionamiento del individuo, con solo que éste siga los dictados de la razón, y aun su propia conveniencia bien calculada. Si le agrada la comodidad, si le seduce el elogio, si ambiciona la gloria, ponga en práctica el envidioso medios inteligentes, seguros para alcanzar lo que anhela en mayor ó menor escala, según sus fuerzas y su dedicación, y no se limite á lamentos estériles, á entretenerse ridículamente de que otros gocen lo que su abandono le aleja y le dificulta. Persevere en sus intentos, cambie sacrificios de presente por goces futuros, aproveche los beneficios de la comunidad, sin aislarse imprudentemente, sin hacerse aborrecible, y en consecuencia débil y desgraciado, y construyendo así el edificio de su felicidad, se verá lavado de su propia miseria y ruindad, enaltecido con toda la independencia y honra que procuran la inteligente laboriosidad y los afectos generosos.

III.—Soberbia, orgullo.

Un gran papel ha representado siempre la soberbia en las tradiciones antiguas, apareciendo desgraciada y maldita. Si buscamos la causa de la antipatía universal que recoge el soberbio, encontraremos que sería menor si este vicio no tuviera, como en efecto tiene, por cualidad esencial, *infundir en el individuo el desprecio de los demás, junto con una estimación desmesurada de sí mismo.*

Que cada uno se aprecie cuanto quiera, sin darlo á conocer, es cosa que no perjudica ni ofende á nadie; pero es muy difícil que la soberbia vaya acompañada de un buen juicio para no mostrarla.

El soberbio marcha con la cabeza erguida, ligeramente inclinada hácia un lado; con la mirada desdeñosa; mueve á veces el labio inferior como alargándolo al mostrar las mas tercas resoluciones, ó bien da cierta rigidez durable á los dos labios, que marcan en tal caso energía é insolencia. Si además levanta decididamente la cabeza y fija con atrevimiento sus miradas, es porque ha llegado á la altivez. Ordinariamente el paso del soberbio es firme, sus sonrisas protectoras y sin benevolencia; al menor contratiempo se le enciende la cara, y si su temperamento es bilioso, lleva constantemente una palidez mortal.

IV.—El orgullo como medio de perfeccionamiento individual.

Nosotros no aprobamos ese sistema de educación que pretende quitar de todos los hombres la energía, que forma la base del soberbio. Consideramos á éste como una planta de gran fuerza aunque llena de espinas. En buena hora que se procure quitar esas espinas, que se oculte lo que justamente ofende á los demás, y que se hagan los mayores esfuerzos para infundir bondad y benevolencia en lugar de la dureza y rusticidad; de este modo el soberbio se transforma en el ser mas útil y apreciable, mientras que por el sistema de dominación y anonadamiento á que antes aludimos, quedan los hombres como autómatas, sin ideas ni discurso propios, dando solo muestras de una constante humillación y nulidad, que distan de la verdadera humildad, como la arrogancia y altivez se hallan lejos de la verdadera elevación de alma.

El orgullo no tiene por sí solo una calificación fija, si no es conforme al modo con que se emplea; por esto sin duda se observa, que para hacerlo pasar como bueno, se le añade el epíteto de *justo* ó de *noble*. Parece en todo caso, que lo que mas se exige del orgulloso, se reduce á que no muestre la grande estimación que tiene de sí mismo, lo cual viene á ser frecuentemente cuestión de sociabilidad y de buenas maneras. Podríamos añadir que tambien es asunto de comodidad personal, supuesto que luego que se le conoce á un individuo que es orgulloso, y mucho mas si es soberbio, la generalidad se complace en hacerle sufrir del modo mas cruel humillaciones y desaires, y difícilmente se reconoce el mérito que tenga.

V.—Bajeza.

La bajeza se contrapone al orgullo. “Ejemplo insigne de aquella debilidad dió Prusias, que era rey en Asia, cuando en persona fué á justificarse ante el senado romano, con la cabeza afeitada y el birrete de los libertos, (1) y postrado de hinojos en los umbrales de la curia, exclamaba: ¡Salud, oh númenes conservadores! ¡aquí teneis á un liberto vuestro pronto á obedecer cualquiera orden! Con esta abyección y con dejar en rehenes á su hijo, conservó la corona.”

Tambien Masinisa de Numidia envió á su hijo á quejarse al senado de dos cosas: la primera, de que hubiese implorado de él

(1) Era colerado.

socorros, cuando tenia derecho de exigírselos; y la segunda, de que hubiese querido pagarle el grano suministrado, cuando la propiedad de su corona pertenecia al pueblo rey, bastándole á Masinisa el usufructo.

Estas y otras viles embajadas fomentaron el insolente orgullo de los romanos, que con sobrados motivos abrigaban la idea de convertirse en señores del mundo, como lo fueron.

Acaso será la ocasion de notar que las grandes tiranías encuentran fácilmente cómplices, y que sin la abyeccion de los súbditos no se atreverian á tantas cosas los dominadores.

VI.—Vanidad.

La vanidad es la soberbia de los tontos. Un hombre nulo bajo todos respectos, sin fuerza física, sin talentos, sin industria, imperfecto tal vez en su figura, se pavonea sin embargo, por algunas comodidades de fortuna, ó por cosas menos apreciables. La vanidad es muy ingeniosa para producirse y para consolar al individuo que la tiene, pues nos envanecemos no solo de lo que poseemos, sino hasta de lo que no nos pertenece, con solo que bajo algun aspecto lisonjee nuestra fatuidad. Si somos pobres y nos saluda un rico, nos envanecemos; si somos feos y contrahechos, nos enloquece la sonrisa benévola, aunque fugitiva, de una hermosura.

Muy difícil es libertarse de todo genero de vanidad; debemos por tanto recelar que cada uno de nosotros tiene su vanidad especial, y estar alerta para no abandonarnos á ella ni fomentarla, porque la vanidad es, á muy poco andar, la mas amplia entrada para un ridículo consumado, el cual, como es de suponerse, quita la respetabilidad á un individuo, y opaca el verdadero mérito que bajo otros conceptos pueda tener. Si la vanidad nos consuela, que sea en secreto, porque la generalidad de los hombres es demasiado cruel con todas las debilidades que nos hacen juguetes de pasiones menguadas, en contraposicion de altas pretensiones.

Sadi, célebre poeta persiano, refiere que siendo muy jóven, leia el Alcorán en medio de su familia. Sus hermanos se dormian, y él dijo á su padre: miradlos, ellos duermen y yo hago oracion. Mi padre, añade el poeta, me abrazó tiernamente y me dijo: ¡Oh mi amado Sadi! ¡no valdria mas que tú durmieses tambien, y no estuvieras tan vano de lo que haces!

Vienen á veces los sucesos á demostrar la futilidad de algunas cosas, que las almas abyectas y miserables aprecian en mucho. "Habia Mitrídates dejado en Farnacia sus mujeres, sus concu-

binas y sus hermanas; y para que no fuesen presa del vencedor, despues que perdió la batalla de Cízico, envió al eunuco Báquides con órden de darles muerte. Entre ellas se encontraba Moinima de Mileto, tan magnánima como hermosa, á la cual, aun niña, regaló el rey hasta quince mil monedas de oro, sin conseguir seducirla. Por último, le habló de casamiento, y en cuanto se unió á él, fué puesta en el serrallo, donde no cesó de echar de menos la libertad griega, comparándola con aquella fastuosa esclavitud. Cuando llegó el eunuco y les dijo que eligiesen el género de muerte que mas les agradase, ella trató de ahorcarse con la banda real; pero hubo de romperse, y entonces exclamó: ¡Maldito andrajo; ni para esto sirves!

VII.—Modestia.

Reducida la vanidad á su verdadera acepcion, es á saber, á la manifestacion indebida y ostentosa de perfecciones y ventajas, que en algun modo nos pertenezcan, es frecuentemente objeto de animadversion, porque todo el que oye tal manifestacion, hace involuntariamente comparaciones desfavorables con su propio individuo, originándosele un sentimiento de tristeza ó de rivalidad.

Por contraria razon, la opinion general de todos los hombres ha hecho de la *Modestia* una gran virtud, considerándola como el pudor del alma, como la aplicacion mas oportuna de la humildad, como un velo que da mas precio al verdadero mérito. Es la modestia una moderacion en el vestir, en el hablar, y sobre todo en las acciones, huyendo siempre de ostentar fuerzas, riquezas, hermosura, poder ó talentos.

Bien considerada la modestia, es algunas veces el tributo que paga forzosamente el hombre superior á las medianías, al orgullo y vanidad de los demas; y supuesto que por la elevacion de un individuo sufre tanto el amor propio de sus émulo, bien hará en pagarles este sufrimiento con la moneda que le exigen, la cual tiene la ventaja de poder emitirse á toda hora, y ser inagotable. Que el mérito verdadero no se afane mucho por sobresalir, porque tendria que mostrarse inmodesto, es decir, pretensioso; que espere pacientemente, y no tenga gran presuncion de sus fuerzas; entonces le llamarán modesto, y la generalidad se hallará dispuesta á concederle tal vez mucho mas de lo que en justicia pudiera prometerse.

El inmodesto, lejos de hallar en los demas esta favorable disposicion, encontrará la horrible sensacion que produce el ridículo, en todos aquellos casos en que emprendemos ostentosamente

y con una confianza fastuosa, una obra superior á nuestras fuer-
 las. La revelacion que el mal éxito viene á hacer de nuestra im-
 potencia y de nuestra inmoderada pretension, es un castigo de
 nuestra fatuidad, es la humillacion mas perentoria y dolorosa de
 nuestra soberbia; pero es al mismo tiempo la leccion mas prove-
 chosa que nos acerca á la prudencia, á no presumir de nuestro
 pequeño poder, á moderar y á cubrir nuestro orgullo, á estimar
 en fin, á nuestros compañeros, porque si bien el estudio y las do-
 tes naturales rectamente aplicadas, pueden darnos superioridad
 sobre algunos, el conjunto de todos vale forzosamente mas que
 nosotros, y esta conviccion nos precisará á buscar su afecto y su
 sosten. Dichosos, por lo mismo, todos aquellos que predestina-
 dos por sus talentos á ser los primeros entre sus iguales, saben
 aprovecharse de sus propios desengaños, para no esterilizarse
 por una soberbia desdeñosa, sombría é infatuada, y conocen des-
 de sus primeros pasos en el mundo, que la modestia aunque pa-
 rece solamente un velo, es realmente un escudo.

VIII.—Arrogancia.—Magnanimidad.

Lo contrario de la modestia es la *arrogancia*; por esta se opa-
 ca y se vuelve despreciable hasta el verdadero mérito.

La *magnanimidad* no puede comprenderse sin el ejercicio de
 muchas virtudes que tienen grande afinidad con la fortaleza.

Aunque la arrogancia y la magnanimidad toman á veces las
 mismas apariencias, se diferencian notablemente. Treccientos
 espartanos sostuvieron en las Termópilas el choque del inmenso
 ejército de Jerges; pelearon uno contra mil, y salvaron, muriendo,
 á toda la Grecia del yugo de los persas. Tal magnanimidad ha
 sido muy justamente elogiada en todos tiempos, inmortalizan-
 do el recuerdo de aquellos valientes, que al mando de Leóni-
 das, mostraron hasta dónde puede llegar el heroísmo inspirado
 por el amor de la patria. Cuando les avisaron que se acercaban
 los persas, y que eran tantos que con sus flechas oscurecerian
 el sol,

— *Mejor*, dijo Dionece; *con eso combatiremos á la sombra.*

Combatieron y vencieron; pero un griego traidor llamado Es-
 fialtes, indicó á Jerges otro paso para atacar por la espalda á la
 pequeña tropa lacedemónica. Podia ésta retirarse; pero la ley
 decia á los espartanos: *morid primero que abandonar el puesto*, y
 murieron, excepto uno que fué tenido por infame, hasta que lavó
 su mancha en la batalla de Platea.

En las Termópilas se colocó una inscripcion que decia: *Pa-
 sajero, ve á decir á Esparta que aquí hemos muerto obedeciendo sus
 santas leyes.*

En una expedicion contra los escitas que devastaban las fron-
 teras de la Francia, hácia las bocas del Danubio, encontró Ale-
 jandro el Grande á los galos y se sonrió cuando habiendo interro-
 gado á sus embajadores, le respondieron: "Solo tememos la cai-
 da del cielo." Esta respuesta muestra la mayor arrogancia, por-
 que no amenazaba á los galos un peligro inmediato, en que pu-
 diesen poner sus hechos á la altura de sus palabras.

Y ya que hemos admirado á los espartanos de las Termópilas,
 añadiremos que la fuerza de ánimo de sus mujeres fué igualmen-
 te digna de encomio en muchas ocasiones. "Cuando Pirro atacó
 la ciudad de Esparta, le dijo Mendricida: *Si eres un dios, no de-
 bemos temerte porque no te hemos ofendido; si eres un hombre,
 aquí hallarás otros que lo son mas que tú.* Habiéndose decretado
 que se retiraran las mujeres, exclamó Arquidamia: *Romped ese
 decreto injusto; nos deshonrais creyendo que somos bastante cobar-
 des para sobrevivir á la patria; estamos resueltas á vencer ó mo-
 rir con vosotros.*"

Nos parece tambien de una magnanimidad incontestable, esta
 respuesta dictada por Apio Claudio, cuando ya cerca de Roma se
 presentaba Pirro á atacar la ciudad y ofreció la paz: *Si quiere
 la paz, que salga primero de Italia.*

P. *¿Qué es Egoismo*

R. *La exageracion del cuidado y aprecio que nos debemos, en
 tanto que nos aparta de los oficios de justicia y humanidad hácia
 los demas hombres.*

P. *¿Qué se entiende por Envidia?*

R. *Una especie de malevolencia hácia las personas felices.*

P. *¿En qué consiste la Soberbia?*

R. *En una disposicion del ánimo por la cual nos calificamos muy
 favorablemente en todas ocasiones, y despreciamos á los demas, no
 queriendo tratarlos como iguales.*

P. *¿En qué se diferencian el orgullo y la soberbia?*

R. *En que el primero se limita á la callada estimacion que un
 individuo hace de sí mismo, pero sin despreciar á nadie; mientras
 que la soberbia se acompaña siempre con esta circunstancia.*

P. *¿Qué es Bajeza?*

R. *La costumbre de cometer acciones humillantes por ruines mo-
 tivos.*

P. *¿En qué casos merecemos el título de vanidosos?*

R. *Siempre que ostentamos perfecciones ó ventajas, llevados
 únicamente del deseo de aparecer como seres superiores ó privile-
 giados.*

- P. ¿Quiénes son los modestos?
 R. Los que al reconocer que tienen algunas ventajas sobre los demas, procuran no herir su amor propio, y moderan en sus palabras y en sus acciones, cualquier mal efecto que podria causarles la ostentacion de tales ventajas.
- P. ¿Qué es lo que se llama Arrogancia?
 R. Toda manifestacion orgullosa de un poder ó mérito que no están probados.
- P. ¿Qué es Magnanimidad?
 R. Aquella disposicion del ánimo que para defender la justicia ó para proteger al débil, no mide los peligros propios.
- P. ¿Qué se entiende por Emulacion?
 R. El vivo deseo que sentimos de imitar ó exceder en mérito las acciones de otros.
- P. ¿Y qué reglas deben observarse en la emulacion?
 R. I. Que jamas debe ejercitarse este género de orgullo en lo malo. II. Que debe uno medir sus fuerzas para no sacrificarse esterilmente; y III. Que debe evitarse toda ostentacion, para no ser abrumado por el ridiculo en los casos adversos, y aun á fin de apartar los obstáculos que casi siempre oponen los rivales.

CAPITULO IV.

CONTINUACION DE LOS VICIOS

OPUESTOS A LA CARIDAD, Y DE OTRAS VIRTUDES QUE SON SUS CORRECTIVOS.

I.—Ambicion.

La ambicion es el constante deseo de dominar; por tal deseo, al que se sacrifican todos los afectos de la vida, el ambicioso no vive para sí mismo ni para su familia; es un esclavo de las ajenas voluntades, cuya adhesion necesita para el logro de sus intentos.

El ambicioso forzosamente es inmodesto, y no siempre tendrá un orgullo noble, por la flexibilidad que requiere en el carácter la pasion de que hablamos.

La ambicion es un resorte necesario para el gobierno de los

hombres. Por corta que sea la experiencia de un individuo, luego comprende que la felicidad y la paz del alma huyen de los que se dedican á los negocios públicos, por lo que bien considerados, nadie deberia dedicarse á la penosa tarea de dirigirlos. Mas al sér racional le halaga y le atrae poderosamente todo lo que le da cierta conciencia de superioridad; por esto, una eleccion honrosa lo trastorna, y un antagonismo en que triunfa, le hace creer decididamente que tiene un mérito extraordinario.

Si la eleccion no viene por sí misma y naturalmente, si el rival es preferido, queda la creencia de que sus manejos le dieron seguramente la ventaja, y el propio orgullo procura lisonjearse de que empleando iguales ó superiores medios se obtendrá la victoria.

Entrando así en el ánimo la ambicion con velas desplegadas, impulsada tal vez por otros motivos poderosos, que se le unen frecuentemente, como la avaricia, ó el deseo de vengarse, se torna en frenesí, y ya no reconoce prudencia capaz de contenerla, ni medios á que no apele, por vedados que puedan ser.

En tal estado, la ambicion que podia traer grandes beneficios á los pueblos por la mejor direccion y cuidado de sus intereses, se torna en foco de inmoralidad y corrupcion, porque el ambicioso necesita instrumentos mas ó menos viles y objetos de su encarnizada dominacion; y ¡ay de los que se opongan á ella! todos los rayos del poder que se ha conquistado, todas las iras de una soberbia desenfadada, caerán sobre el hombre de entereza que no queriendo ser cómplice llega á ser víctima.

II.—La ambicion proporciona excelentes servidores al pueblo.

La ambicion es plaga comun en las repúblicas y en las monarquías, con la diferencia de que en éstas es forzosamente mas encubierta, porque el ambicioso que quiere atraerse á un pueblo, tiene que mostrarse generoso, espléndido, firme en las opiniones, activo y emprendedor; mientras que el ambicioso que vive cerca de los monarcas, sabe que el medio seguro de alcanzar sus intentos, es hacerse agradable al soberano.

Los ambiciosos se obligan á todo, y en esto consiste una parte de la compensacion que puede hallarse á tal defecto, pues ya que tenemos tan oficiosos servidores, podremos elegir lo menos malo, y exigirles el cumplimiento de lo que prometen.

Si un pueblo se deja burlar por los que le mandan, culpa suya es, cuando con solo amenazarlos con sus rivales, podrá lograr una saludable competencia.